

# Revista Teológica

Publicación Trimestral de Teología y Homilética Luterana

Redactada por la Facultad del Seminario Concordia

Editor: Fr. LANGE

## CONTENIDO :

	Página
Jesucristo, Señor de la Iglesia . . . . .	1
El uso de Obreros Laicos en la Iglesia a la Luz de la Doctrina del Ministerio . . . . .	10
Estudio Exegético - Práctico de 1 Cor. 1., . . . .	20
Bosquejos para Sermones. . . . .	27
Bibliografía . . . . .	48

Publicado  
por  
La Junta  
Misionera  
de la  
Iglesia  
Evangélica  
Luterano  
Argentino

# Revista Teológica

Publicación Trimestral de Teología y Homilética Luterana.

Redactada por la Facultad del Seminario Concordia.

Editor: Fr. Lange.

Núm. 24

Cuarto Trimestre - 1959

Año 6

## Jesucristo, el Señor de la Iglesia

### II. — *La extiende*

Jesucristo, el Señor de la iglesia, ha pagado un precio enorme por la iglesia: se entregó a sí mismo por ella, derramó su preciosa sangre, dió su vida, Efe. 5:25-27. Él pagó un gran precio por toda la raza humana; por lo tanto, desea que todo ser humano pertenezca a su reino y obtenga el cielo. No obstante, Jesús mismo declara enfáticamente que sólo una minoría irá al cielo, y que en cambio la mayor parte de la raza humana irá al infierno, a la condenación eterna, Mat. 7:13-14; Luc. 13:24; Mat. 25:41-46; Luc. 16:22-24 y sig.

Aunque Cristo es el Salvador de todo el mundo, existe empero un infierno, una condenación eterna, un fuego eterno, un tormento eterno, y Jesús mismo, como Juez justo, consignará a la mayor parte de la humanidad a ese lugar: Marc. 9:43-48; Mat. 25; Apoc. 14:9-11; Apoc. 20:9-15; Apoc. 21:8; 22:15.

¿Quién tiene la culpa? ¡Ay! Muchos son los que culpan a Dios. Aseveran que Él no desea fervorosamente salvar a la humanidad. Si en realidad quisiera, fácilmente llevaría a todos al cielo. En cambio, con cuánta tristeza se quejó así: Yo quise, mas vosotros no quisisteis, Mat. 23:37. Y no obstante, hay quienes siguen culpando a Dios. Algunos culpan a Dios el Padre, declarando que Él creó a la mayor parte del mundo para la condenación. Algunos culpan a Jesucristo mismo, declarando que Él no redimió y salvó a todo el mundo sino a un grupo selecto. Otros culpan al Espíritu Santo, acusándolo de que Él

Seminario Concordia  
C. Correo 5  
1655 J. L. Suárez  
Bs. As. - Arg.

no quiere convertir a todo el mundo. De este modo siguen en los pasos de Adán, que culpó a Dios por su caída en el pecado.

En lugar de crear a persona alguna para la condenación, Dios el Padre *amó* a Adán y Eva, tanto antes de la caída en el pecado como después de ella, y prometió a ellos y a toda la raza humana un Salvador: su propio Hijo, y después repitió su promesa aún con mayor claridad en todas las profecías mesiánicas: Gén. 3:15; 28:14b; Salm. 22; Isa. 7:14; 9:6; Isa. 53, etc. En el cumplimiento del tiempo *dió* a su Hijo: Juan 3:16; Gál. 4:4-5; Rom. 5:8-10; 2ª Cor. 5:19; 1ª Juan 4:8-10; Isa. 1:18; Rom. 8:32.

Cristo murió no sólo por algunos, sino por *todo el mundo*: 2ª Cor. 5:15; 1ª Juan 2:2; Juan 1:29; 15:13; 1ª Juan 3:16. Jesús murió por los injustos, por los pecadores que le odiaban, Rom. 5:6-10; 8:13-34; Isa. 53; 2ª Ped. 2:1b. Jesús murió por los que le causaron la muerte, por los malhechores en la cruz, por Poncio Pilatos, por Pedro que le negó. Y Jesús murió de su propia voluntad; como el buen Pastor, *dió* su vida, Juan 10:11-18; Mat. 26:39; 1ª Ped. 2:24.

De modo que Cristo murió por todos, obtuvo el perdón para todos, ofrece ese perdón a todos, invita a todos; Dios el Padre invita a todos; el Espíritu Santo está siempre presto a obrar la salvación en todos; aún más, Dios jura que Él quiere salvar a todos antes que condenar a nadie, Ezeq. 33:11; 2ª Ped. 3:9; 1ª Tim. 2:4; Oseas 13:9. Los dos malhechores en las otras dos cruces del Calvario tuvieron la misma oportunidad, pero sólo *uno* aceptó a Cristo. Juan el Bautista predicó la Palabra de Dios aun ante el adúltero y criminal Herodes; Jesús predicó la Verdad salvadora ante Poncio Pilatos y el hostil y criminal Sanedrín. El día de Pentecostés toda la multitud oyó el mismo sermón poderoso del apóstol. Sin embargo, muchos se burlaron en odio irrazonable, diciendo: "Estos hombres están llenos de mosto". Con odio infernal los incrédulos mataron a Esteban y trataron de matar a todos los apóstoles, hasta que por fin el Dios justo destruyó a la impia "Santa Ciudad" de Jerusalén y los judíos fueron dispersados por todo el mundo.

De modo que la mayoría se pierde, y permanece perdida por su *propia culpa*. Aunque Jesús repetidamente declaró: "Muchos son los llamados, y pocos los escogidos" (Mat. 20:16; 22:14), esto no quiere decir que Él rehusé aceptar a todos los

que vienen a Él. A todos invitó con el mayor fervor diciendo: "Venid a mí todos..." (Mat. 11:28) y, les aseguró que los aceptaría (Juan 6:37), y lo demostró por medio de sus acciones: "Al que a mí viene, no le echaré fuera". Hay quienes enseñan que el Salvador pasa de largo a algunos y acepta a otros. En realidad sucede lo contrario: son los pecadores impenitentes los que pasan de largo a Jesús y rehusan aceptarle, Juan 1:11; Jesús fué echado por los pecadores, Mat. 23:37; Luc. 4:16; Mat. 11:16-24.

También hay los que declaran: Dios es Todopoderoso. Si Él en realidad quiere que los pecadores vengan a Él, Él puede obligarlos a venir. Sí, pero Dios no obliga a nadie a creer, ni venir a Él, ni entrar al cielo. Dios puede ser resistido. ¿Qué sucedió cuando Jesús predicó un sermón de excepcional gracia y dulzura, de amorosa invitación, de consoladoras promesas, en que repetidamente prometía a los creyentes que los resucitaría en el día postrero para la vida eterna (Juan 6:27-66)? Muchos dijeron: "Dura es esta palabra", y se retiraron con una actitud de disgusto y hasta de insolencia. Claro que pudo haberles obligado a quedarse, pero Él no quería que nadie se quedara contra su voluntad. Por consiguiente, la Biblia advierte repetidamente: "Si hoy oyeréis su voz, no endurezáis vuestro corazón" (Sal. 95:7; Heb. 3:7-8.15). Se ve, pues, que el hombre que está muerto en pecados no puede hacer nada para salvarse a sí mismo; en cambio, tiene el terrible poder de resistir a Dios cuando Dios quiere convertirle. Es por esta razón que Jesús advierte tan enérgicamente cuán horrible es el pecado de blasfemar al Espíritu Santo, esto es, el pecado contra el Espíritu Santo, Mat. 12:31-32, el pecado *imperdonable*; imperdonable porque la persona voluntaria y obstinadamente, persiste en él hasta la muerte.

Confesamos en la explicación del Tercer Artículo del Credo: "Creo que por mi propia razón o poder, no puedo creer en Jesucristo mi Señor, ni venir a Él; sino que el Espíritu Santo me ha llamado por el Evangelio, iluminado con sus dones, santificado y conservado en la verdadera fe", (Juan 6:44.65) 1ª Cor. 2:13-14; 12:3. Nadie puede creer independientemente del Espíritu Santo. Por consiguiente, Jesús repetidas veces, antes de morir y salir de este mundo, prometió el Espíritu Santo como el nuevo Consolador divino, para permanecer con nosotros. Por

lo tanto, no hay castigo peor que perder el Espíritu Santo, pues sin el Espíritu Santo el pecador es víctima indefensa del diablo, y está irremisiblemente destinado a la condenación. El culpable David sabía esto y, dándose cuenta de lo que había sucedido a Saúl, suplicó a Dios lo siguiente: "No me echés de delante de Ti; y no quites de mí tu Santo Espíritu", Salm. 51:11.

A pesar de la indignidad del hombre y su ingratitud y su incredulidad, Dios siempre ha tenido misericordia de él y, mediante la predicación del Evangelio, ha tratado de salvarlo. Dios mismo predicó el Evangelio a Adán y Eva, y a Noé y su familia en el arca. De modo que dos veces toda la raza humana se encontró en la iglesia. Los descendientes de esas familias debieron haber seguido en sus pasos. Pero en vez de eso, empezaron a desviarse rápidamente hasta que casi todo el mundo se había entregado al paganismo. Dios envió un profeta tras otro, dió su Ley, todo el Antiguo Testamento, las profecías mesiánicas, a Jesús y los apóstoles y evangelistas, y por fin todo el Nuevo Testamento.

En el Antiguo Testamento Dios se reveló a sí mismo mediante extraordinarios milagros y señales. Todo el mundo, todas las naciones vecinas, se enteraron de las poderosas obras que Dios había realizado por los hijos de Israel en Egipto, en el mar Rojo, en Canaán, durante la Cautividad Babilónica, por medio de David, Salomón, Daniel, Sadrac, Mesac, Abednego, Elías, Eliseo, Moisés, Aarón, Josué, Sansón, Gedeón, y otros. Aun los terribles castigos de Dios perseguían el propósito de llevar a los sobrevivientes al arrepentimiento. El Diluvio, Sodoma y Gomorra, y la Cautividad Babilónica, la Destrucción de Jerusalén. ¡Qué poderosos sermones sobre el arrepentimiento!

Pero, ¿qué sucedió? Aunque todo Egipto se enteró de lo que Jehová había hecho, Faraón y los egipcios prefirieron morir antes que aceptar al verdadero Dios. Declararon guerra sin cuartel a Jehová. Todo Jericó sabía lo que Racab sabía, pero endurcieron sus corazones y murieron en sus pecados, y sólo se salvaron Racab y su familia. Todo el pueblo de Israel fué sacado de Egipto, la casa de servidumbre, pero a causa de su incredulidad solamente sus hijos entraron en la Tierra Prometida. Los mayores murieron en el desierto, la mayor parte de ellos en sus pecados. De manera que, aunque Dios quería que todos oyeran su Palabra y *creyeran*, hubo ocasiones en que la iglesia casi había

desaparecido, como en el tiempo de Noé y aun en el tiempo del gran profeta Elías, quien creyó que él era el único creyente que había quedado; Dios empero sabía que aún quedaban siete mil, por cierto un residuo patético. También Isaías se quejó de que solamente un *residuo* se salvaría. Pero de esto debemos estar seguros: los que se salvaron, se salvaron por medio de Dios; los que se perdieron, se perdieron por su propia culpa.

Es verdaderamente maravilloso cómo el Señor, de una manera tan amorosa y persistente, *suplicó* al infiel y apóstata Israel que retornara a Él, pero los israelitas rehusaron el perdón que Dios les ofrecía, Isa. 2:18; Jer. 3:11-15; Miq. 7:18. De modo que Dios demostró en todos los tiempos cuán fervorosamente desea la salvación de todos los hombres. Pero también es verdad lo que dice el apóstol San Pablo: "No os engaños: Dios no puede ser burlado; porque todo lo que el hombre sembrare, eso también segará" (Gál. 6:7).

La iglesia en todos los siglos ha sido una "manada pequeña", Luc. 12:32. Especialmente poco antes del Día del Juicio la iglesia se encontrará en una condición triste, como en los días antes del Diluvio y la destrucción de Sodoma y Gomorra, Luc. 17:26-30; 18:8b; 2ª Tim. 3:1-5. En vez de un milenio visible, de un paraíso de mil años en la tierra, "Satanás será suelto", Apoc. 20:3. 7 y sig.

Es menester indicar, de la manera más enfática posible, que en la actualidad hay más paganos en el mundo que en ningún otro tiempo. Hay actualmente muchas veces más paganos que los que hubo en el tiempo de Jesucristo y los apóstoles. Aunque en la iglesia cristiana hay cientos de millone, el mundo pagano consta de billones, y se multiplica rápidamente. Además; se nos advierte muy seriamente que las naciones paganas y los ateos han declarado guerra sin cuartel al cristianismo, y se esfuerzan incansablemente por esparcir sus horribles religiones. Son "misioneros" celosos e incansables, y están ganando más adictos que las iglesias cristianas. Los mahometanos, budistas, shintoístas y los ateos están aumentando rápidamente. Es evidente que *Satanás* ya está suelto y extendiendo su reino infernal. Esto debe servir de advertencia a los cristianos y estimularlos en su obra misionera. "El mundo yace en el maligno", 1ª Juan 5:19.

Sin embargo, Jesucristo ha prometido (Mat. 16:16-18) que "sobre esta roca (la verdad de que Él es el Cristo, el Hijo del Dios viviente) edificaré mi iglesia, y las puertas del infierno (las huestes más furiosas del infierno) *no prevalecerán* contra ella". Cristo extiende su iglesia en medio de esta generación mala y adulterina de la actualidad. Con Lutero podemos cantar en un espíritu de indomable valor y fe:

"Castillo fuerte es nuestro Dios,  
Defensa y buen escudo,  
Con su poder nos librerá  
En este trance agudo".

Cristo, el Señor de la iglesia, quiere que *todos* los hombres se salven de las garras del diablo; Jesús quiere extender su reino de gracia, el reino de Dios en la tierra, la iglesia cristiana, hasta el fin del mundo. Por consiguiente, su último mandato fué el de evangelizar, hacer discípulos de todas las naciones, Mat. 28:19, predicar el Evangelio a toda criatura, Marc. 16:15. Envió sus discípulos como ovejas en medio de lobos, un puñado de hombres humildes contra el "poderosísimo" imperio romano pagano y contra el antagonismo y el odio de los judíos. Pero, sucedió lo "imposible". La poderosa Roma fué conquistada por el Evangelio; la religión cristiana hasta se hizo la religión del estado en varios países. Toda la Europa y grandes porciones del Asia y del Africa fueron penetradas por el Evangelio. Para facilitar esta obra gigantesca, el Espíritu Santo fué derramado sobre los discípulos en el día de Pentecostés. Este Espíritu Santo inspiró en los discípulos fuego celestial, sabiduría y celo, y los equipó con el don de lenguas, para predicar y enseñar en todos los idiomas, sin necesidad de perder tiempo en refinados estudios teológicos. El Espíritu Santo también fué derramado sobre los oyentes de los apóstoles, y el Señor obró señales con los apóstoles, según leemos en Mar. 16:20. Este don de lenguas y estos milagros fueron retirados por Dios cuando la iglesia se hizo fuerte.

Existe el peligro de que muchos recalquen demasiado el don de la sanidad. La sanidad *física* no fué nunca un medio absoluto, sino que este medio fué utilizado por Jesús y los apóstoles sólo para confirmar el Evangelio para la sanidad del alma, que es supremamente más importante. Además, el Señor ha dado a la iglesia otros medios que ayudan aún *más* a esparcir el Evan-

gelio con mayor rapidez, a saber, extraordinarias invenciones, por las cuales podemos alcanzar a más gentes que los apóstoles. Pensemos en las muchas invenciones que aceleran las comunicaciones: la imprenta, los libros, los libros de textos, los tratados, las Biblias impresas, las revistas, los periódicos, el telégrafo, el teléfono, la radio, la televisión, los medios rápidos de transportación, tales como los automóviles, los trenes, los barcos, los aeroplanos, las excelentes carreteras, además de edificios modernos, luz eléctrica, máquinas de escribir, el adelanto en la medicina, gran número de pastores, maestros, misioneros, médicos, enfermeras, diaconisas, y escuelas modernas. Con una sola transmisión, "Cristo Para Todas Las Naciones" puede comunicarse con más oyentes que los apóstoles en toda su vida.

Todo esto demuestra cuánto se empeña Dios en la extensión de su iglesia, pues el Evangelio es un asunto de vida eterna o de muerte eterna para toda la humanidad. Esparcir el Evangelio salvador debe ser la obra suprema e incansable de todo cristiano, la obra por excelencia. Así como Jesucristo y los apóstoles incansablemente predicaron el Evangelio, asimismo debe hacerlo la iglesia hasta el fin de los siglos, Mat. 24:14; 28:18-20.

Dios es perfectamente sincero con nosotros. El Señor no nos exige que convirtamos a nadie —sólo Dios puede hacer eso— sino que solamente y con la mayor fidelidad esparzamos el Evangelio con todo medio que tengamos a nuestra disposición. ¡Qué gozo cuando servimos de instrumento para salvar a alguna alma, San. 5:20; Luc. 15; Isa. 52:7! El mundo odia y menosprecia a Jesús, a la iglesia, y a todos los cristianos. Pero esto no debe servir de excusa para que los cristianos se amainen en su esfuerzo. Al contrario, debemos redoblar nuestro celo. Mat. 22:1-14; Luc. 14:16-24. Demos gracias a Dios que Jesús no se disgustó como para abandonar su obra cuando el mundo le menospreció. Cuando los fariseos y los escribas desearon su mensaje, Él fué y salvó a los publicanos y a los pecadores. Pensemos en el gran apóstol Pablo, en lo que padeció y en el éxito que obtuvo, 2ª Cor. 11:23-33; Hech. 6:9-40. Durante la edad media fué oscurecida grandemente la luz del Evangelio, pero el Señor levantó poderosos reformadores, particularmente a Martín Lutero, y el Evangelio puro salvó a muchos millones, a naciones enteras, de la tiranía del anticristo, la iniquidad del papado. Pensemos en el maravilloso éxito que tuvo Jonás en la ciudad

pagana y cruel de Nínive. Consideremos cómo la Cautividad Babilónica logró sembrar el conocimiento del verdadero Dios en los babilonios, medos, persas, y sus grandes reyes, Nabucodonosor, Darío, Ciro.

Aun la esclavitud sirvió para extender el reino de Cristo. Los negros que fueron sacados del África como esclavos se hicieron hijos libres de Dios mediante el Evangelio. En realidad habían vivido en la cruel esclavitud del pecado, pero se hicieron libres en Cristo y aprendieron a vivir como cristianos. Igualmente, eran salvajes los indios paganos. A muchos de ellos fue llevada la Biblia, la Palabra de Dios, y así conocieron a su Salvador y aprendieron a vivir como cristianos. Poderosas migraciones y guerras mundiales pusieron en movimiento a las naciones y a la iglesia y mezclaron a los cristianos, como una levadura salvadora, con los paganos y los impíos, no para extinguir la iglesia, sino para *extenderla* hasta los confines del mundo. Ya que los cristianos a veces son muy lentos para ir como misioneros, de su propia voluntad, el Señor permite las guerras y las crisis económicas para que tengan que ir.

¡Hubiera sido gran sorpresa para los apóstoles y Lutero observar las oportunidades modernas de que nosotros disponemos! Para nosotros debe ser un gran gozo poder utilizar las rápidas facilidades que están a nuestra disposición. En la actualidad un predicador evangélico puede hablar a muchos millones, a naciones enteras, al mismo tiempo.

El Día del Juicio parece estar cerca. Cada transmisión del Evangelio y cada Evangelio escrito es prueba de ello. En realidad, el Evangelio se está predicando a todo el mundo como testimonio a todas las naciones —“y entonces vendrá el fin”—.

Satanás se vale de guerras, persecuciones, y mudanzas de millones de personas, pero el Señor utiliza aun estos desastres para extender su iglesia, porque muchos son los cristianos que tienen la oportunidad de llevar el Evangelio por todo el mundo. En muchos casos aun la enfermedad sirve de instrumento para extender la iglesia. Los paganos enfermos acuden a ver a los médicos cristianos, a las enfermeras y a las diaconisas, y así encuentran también sanidad para sus almas que están enfermas a causa del pecado.

Anteriormente había millones a quienes no les interesaba la iglesia, eran tibios hacia la religión, y se ocupaban más que

nada en placeres materiales, la lucha por el dinero, los deportes y el aplauso del mundo. Pero cuando estos millones perdieron sus bienes materiales y fueron aterrorizados hasta encontrarse al borde de la desesperación, entonces se interesaron en el consuelo del dulce Evangelio del perdón de los pecados mediante Jesucristo, la esperanza de obtener el cielo y los goces de la vida eterna en la gloria. Habiendo perdido lo que tenían en la tierra, apreciaron oír acerca del Paraíso. Enfermos a causa del odio de este mundo, se regocijaron en el amor de Jesús y en el amor de aquellos que creen en Él. Entonces el Evangelio se les hizo dulce como la miel y más precioso que el oro fino, Salm. 119:103. 127. Entonces aprendieron a dirigirse a Dios como a su Padre celestial. ¡Qué agradable privilegio!

¡Cuán consolador y necesario es que nosotros, siguiendo el ejemplo de Cristo y de los apóstoles y del gran reformador, supliquemos diariamente al Señor de la iglesia para que extienda su iglesia, diciendo: "Venga tu reino". Nuestra oración debe ser cada vez más ferviente, Mat. 9:38; Efe. 6:18-19. Debemos orar por todos los obreros del Señor. También debemos pedir fervorosamente al Señor que nos conceda pastores, maestros, escuelas y seminarios, profesores y estudiantes.

Todos nosotros somos colaboradores con Dios para extender la iglesia, 1ª Cor. 3:9. ¡Esto es un gran honor! No puede haber obra ni tarea más importante que salvar almas inmortales mediante el Evangelio de Jesucristo. Empecemos con los niños. Dijo el Señor: "Apacienta mis corderos". Y: "Dejad a los niños venir a mí, porque de los tales es el reino de Dios". Juan 15:21; Marc. 10:14. Debemos hacer todo lo que esté a nuestro alcance para establecer y sostener escuelas cristianas a fin de que criemos a nuestros hijos en la disciplina y amonestación del Señor.

En nuestra lucha no debemos olvidar empero que también el diablo trabaja sin cesar, trabaja en exceso de las horas regulares, y que sus adictos trabajan con el mayor fervor para promulgar las mentiras del diablo. La iglesia de Cristo, el reino de gracia, es la iglesia militante, la iglesia combatiente, luchando tenazmente por la verdad divina, la Palabra de Dios, y luchando por destruir las mentiras de Satanás. Al igual que San Pablo, luchemos con el mayor valor, 2ª Tim. 4:7-8.

Ya que la educación y el alfabetismo del pueblo latino está creciendo rápidamente y que la ansiedad por leer es consecuencia natural, la Palabra impresa se hace cada vez más importante, valiosa y necesaria. Por esta razón es muy importante un programa de publicaciones cristianas: libros, folletos, periódicos y revistas.

Señor Jesús, extiende tu iglesia. Concédenos una santa pasión por la salvación de almas inmortales.

No podemos menos que terminar con las palabras que se hallan en Apoc. 5:9-14: "y cantaban un nuevo cántico, diciendo: Digno eres de tomar el libro y de abrir sus sellos; porque fuiste inmolado, y con tu sangre redimiste para Dios hombres de toda tribu y lengua, y pueblo y nación, e hiciste de ellos un reino, y un sacerdocio para nuestro Dios; y reinarás sobre la tierra. Miré luego y oí voz de muchos ángeles en derredor del trono, y de los seres vivientes, y de los ancianos, y su número era cientos de millones y millares de millares; y decían a gran voz: Digno es el Cordero que fué inmolado, de tomar el poder, y riquezas, y sabiduría, y fortaleza, y honra, y gloria, y bendición. Y a toda cosa creada que está en el cielo, y sobre la tierra, y debajo de la tierra, y sobre el mar, y a todo lo que hay en ellos, oí decir: Al que está sentado en el trono y al Cordero sea la bendición, y la honra, y la gloria, y el imperio por los siglos de los siglos. Y los cuatro seres vivientes decían: Amén: y los ancianos vayeron y adoraron". (VHA.).

### ***El uso de obreros laicos***

#### III. — *Observaciones sobre la Doctrina del Santo Ministerio*

La elección de la palabra "ministerio" (*diakonia*) para indicar la vocación al pastorado fué singularmente adecuada. Hay muchas palabras distintas en el N. T. que se refieren a esta vocación, varias de las cuales vamos a considerar a continuación. Pero ninguna de ellas, con la posible excepción de "pastor", en mi concepto podría expresar tan plenamente lo que debemos entender con la vocación a la predicación de la Palabra.